

que sigan intentando, desde el limitado rincón del individuo, dar la voz nueva que el mundo necesita: hablo del texto, hablo del texto dicho, hablo del texto escrito e impreso en la memoria de la gente, la memoria, que es como el espacio intermedio entre los muertos y los vivos, que suena, que sigue sonando, que me *trae* (¿la tra(d)ición?) las voces del fantasma.

Pero el fracaso y/o la decadencia y/o la muerte marcan la pérdida de los distintos hacedores individuales de música (incluido en ésta el tecleo del telégrafo, el mensaje como puro sonido o vibración): un ejemplo de fracaso es el gordo de *Él y el otro* que se mira las manos y casi implora *miren las mías aquí donde las ven aporreaban en el piano a Chopin, al gran sordo, a Brahms y hasta al viejo Bach y no lo hacían mal créanmelo podían atar un hilo a la pata de una mosca y la música no es mucho más difícil que eso sobre todo cuando uno la saca de su propio cuerpo como la araña se saca del vientre el hilo con que teje su red pero ahora ya no me sirven para arañar un acorde en séptima disminuida*. Está también el «Nonato», que recuerda el esfuerzo por enterrar a su padre con la guitarra (la muerte quiere música y danza) y que decide eliminarse para evitar molestias, consciente de que se va (*hasta que la dentera del ruido se me vaya apagando en los huesos*) y que se irán también los otros ruidos que tamborean dentro de mí sin descanso. Está también el obispo, quien merecía que se lo enterrase con su instrumento, el armonio. En *Niño-Azoté*, hay un indio que prueba el arpa y *el sonido le hace fulgurar los dientes*. Se dice que el Cristo de *Hijo de hombre* lo hizo un músico o constructor de instrumentos. Otros ejemplos se podrían seguir enumerando, parejamente significativos, que insisten en la presencia de las sensaciones auditivas, del lenguaje musical, de la música que se hace cuerpo y sigue vibrando aún en la vida de los otros. Los ruidos, las voces, los sonidos estrictamente musicales son, en definitiva, metáforas de la palabra, del afán de decir precisamente aquello que se está diciendo. Forman un bosque intrincado, una maraña en la que no siempre resulta fácil encontrar el sonido puro (*de lo que escribe, de lo que vive*), y por ello resuena ahora, vigente, otro texto de los guaraníes, aquel que sirve de epígrafe a *Hijo de hombre* y que, imperioso, afirma: *He de hacer que la voz vuelva a fluir por los huesos... Y haré que vuelva a encarnarse el habla*.

Para que esa vuelta sea posible, hacen falta muchos personajes como Ladislao, en el cuento *Cuando un pájaro entierra sus plumas*, cuyo nombre quiere decir *Orejas-Largas, porque escuchaba y sabía todo lo que pasaba en el mundo*. El oído capta las voces y las huellas de la voz, asegura la anulación de la desmemoria, hace revivir a las personas, a las cosas con alma, los retazos de nuestra convivencia con vivos y con muertos, los espantos y las quiebras de la identidad humana (aquello de Thoreau de que hay heridas que no implican derramamiento de sangre), aunque apenas se oiga un «soplo asmático» o unos gemidos, esos gemidos que son *mi pan*, el pan de cada día.

No se avizora exactamente amor en los textos de Roa Bastos. Acaso el amor sea una orden o un rapto violento o una voz sin réplica posible. Entre la vida y la muerte,

con los vivos y los muertos que comparten nuestras mínimas ceremonias cotidianas, sólo está el paisaje que suena. Porque, entre otras cosas, *la naturaleza trabaja en lo mínimo. La escritura también.*

Mario Merlino



Hacienda paraguaya

ALIAS GARDELLITO

LAUTARO MURUA
TONIA CARRERO
ALBERTO ARGIBAY
NORA PALMER
RAUL PARINI

VIRGINIA LAGO - O. SACHA
A. BARCEL - H. PELLEGRINI
NELLY TESOLIN - A. FOLINO

con la colaboración especial de

WALTER VIDARTE

PRODUCCION: **LEO KANAF**

DIRECCION: **LAUTARO MURUA**

PRODUCCIONES RIO NEGRO

ROSA BASTOS y SOLLY
DIRECCION DE FOTOGRAFIA: OSCAR MELLI - MUSICA: WALDO DE LOS RIOS